

contra escopeta.» Envió don García de Toledo los mejores capitanes en socorro de los que allí peleaban; pero al propio tiempo el gobernador de Africa, Hesarraez, fué destacando banderas de turcos de la ciudad en auxilio de Dragut, de modo que se hizo general la pelea en las trincheras, en el campo, en el olivar, en todas partes, jugando unos y otros todo género de armas. Duró el combate mas de cinco horas, y murieron muchos de uno y otro campo.

Cristianos y turcos se convencieron de que para vencer á sus contrarios necesitaban doblada gente de la que tenian, y pidiéronla los de Africa al rey de Tunez, los cristianos al emperador Carlos V., que otra vez hizo que contribuyeran con soldados, artillería, municiones y dinero las repúblicas de Génova y Luca, el duque de Florencia y el virey de Lombardía. Con este nuevo refuerzo llegó al campo de los imperiales el ingeniero siciliano Andrónico de Espinosa (agosto, 1550), el cual activó y mejoró las obras de defensa y de ataque; desde una sola batería jugaron la mañana del 28 de agosto veinte y dos piezas de grueso calibre, que desplomaron una parte del muro, si bien lo ancho del foso hacía impracticable por allí la entrada; aumentó y fortificó las trincheras; desarboló tres grandes galeras, y juntándolas con maderos clavados, y circundándolas de botas embetunadas para que mejor pudieran sustentar el peso de la artillería, hizo de ellas unas grandes baterías

movibles y por espacio de muchos dias fué batida incessantemente la ciudad por mar y por tierra. Defendíanse bravamente los turcos, causando mucha admiracion y no poco daño á los imperiales.

Abiertas al fin varias brechas, el virey Juan de Vera, don García de Toledo y el almirante Doria, de acuerdo con el ingeniero Espinosa, resolvieron que se diese el asalto acometiendo la ciudad por tres partes, y por cada una de ellas cinco banderas. Para que no pudiese haber rivalidades de preferencia entre los capitanes y maestros de campo, se dispuso que en cada bandera fuesen indistintamente mezclados los diferentes tercios, dejando solo á los caballeros de Malta la libertad de unirse á la que quisieran elegir. Dadas las órdenes mas rigurosas para que nadie faltara á su puesto, y hecha por el virey de Sicilia la señal de arremeter (10 de setiembre), comenzó la acometida simultáneamente por los tres puntos, en medio del estruendo de tambores, trompetas y clarines en las galeras y en el campo. No cogieron desapercibido al terrible Hesarraez, que con sus turcos se defendia vigorosamente y hacía gran matanza en los cristianos; capitanes valerosos, como los españoles Fernando Lobo y Alonso Pimentel, caian mortalmente heridos; cuando la mortandad acobardaba ya á los soldados en las brechas de tierra, penetró Fernando de Silva con algunos de su compañía por uno de los portillos abiertos en la muralla de mar, y con las pie-

dras de un pequeño parapeto de que se apoderaron, lanzándolas sobre los turcos los hicieron retroceder, tomáronles la batería y los persiguieron hasta una calle estrecha. Prodigios de valor hizo allí Fernando de Silva, hasta que cayó al suelo herido de dos balazos y dos lanzadas.

Protegido por los caballeros de Malta penetró también en la ciudad el capitán Zumarraga con su gente, y atravesando estrechas calles se encontró en una pequeña plaza con el terrible Hesarraez. Travóse allí una recia y sangrienta pelea. En el afán de tomar una casa grande que allí había, pereció el esforzado capitán Zumarraga, atravesadas de un balazo ambas sienes; mas tal era el furor de aquella gente, que heridos unos y muriendo otros, al fin los pocos que sobrevivieron ganaron la casa, matando los turcos y moros que la defendían. En esto entraron ya otras banderas imperiales, sin que Hesarraez pudiera impedirlo por mas que animaba á los suyos y peleaba desesperadamente ⁽¹⁾. El ruido de arcabucería que se sentía dentro de la plaza hizo conocer al virey Juan de Vera lo porfiado de la resistencia que aun oponían los turcos, y mandó entrar en la ciudad todos los arcabuceros del campo, quedando solo los

(1) Hacen mención las historias de un negro africano que antes de morir mató él solo quince ó diez y seis soldados imperiales. Este y otros semejantes casos prueban la clase de enemigos con que tuvieron que habérselas los españoles é italianos en aquella empresa.—Puede verse á Sandoval, libro XXX., pár. 55 y 56.

piqueros y coseletes. Inundada así la población, los turcos se fueron retirando con sus mugeres y sus hijos á los torreones, hasta que muerto el intrépido Caydali, y hecho prisionero el bravo gobernador Hesarraez, sobrino de Dragut, quedaron los imperiales dueños de la población, si bien á costa de mucha y muy ilustre sangre.

Murieron en el sitio y conquista de Africa el gobernador de la Goleta Luis Perez de Vargas, los capitanes Fernando de Toledo, Fernando Lobo, Moreruela, Zumarraga, Tristan de Urrea, los alféreces Alonso de Vega, Alonso Pimentel, Amador, Sedeño, el caballero Garci Lope de Ulloa, que recibió diez y seis lanzadas, el caballero de Malta Monroy, que cansado de pelear y sin recibir herida alguna cayó desalentado de la fatiga y el trabajo, con otros muchos bravos y distinguidos españoles. También sucumbieron los principales moros y turcos, que entre muertos y cautivos, hombres, niños y mugeres, pasaron de siete mil. Mandó el virey enterar los muertos, convirtió la mezquita en templo cristiano, entró Andrés Doria en la ciudad á gozar del triunfo, y descansaron todos, que bien lo habían menester. Dejó el virey Juan de Vera en Africa á su hijo don Alvaro con mil españoles de guarnición, y él tomó la vuelta de los Gelbes á perseguir á Dragut. Hizo Carlos V. de la fuertísima ciudad de Africa por algun tiempo otra segunda Goleta, para entretener á los turcos y corsarios, mas luego la man-

dó asolar llevando á Italia los soldados que estaban en ella de presidio ⁽¹⁾.

Desesperado Dragut de no haber podido socorrer su ciudad de Africa, y despues de haber andado pidiendo auxilio á los príncipes africanos, concluyó por ofrecerse al servicio del sultan de Turquía, siguiendo los mismos pasos que Barbaroja. Cuando al año siguiente (1551) se confederó Enrique II. de Francia con Soliman de Turquía para defenderse del papa y del emperador conjurados contra él, Dragut que mandaba ya una armada turca, quiso vengar en Sicilia los daños que en Africa le habia hecho el virey Juan de Vera, y corrió y estragó aquellas costas. Perseguido otra vez por el príncipe Doria, y no socorrido por los franceses como esperaba, retiróse á los dominios africanos. Alcanzado y estrechado por el almirante genovés en el canal de Cántara, y viéndose de todo punto perdido, salvóse y dejó burlado á Doria, por medio de un ardid ingenioso. Mientras aparentaba defenderse todavía de la flota genovesa, ocupó su gente dia y noche en abrir una zanja á espaldas del canal, y cuando la obra estuvo acabada, hizo arrastrar y deslizar por ella sus galeras, y las sacó por otro punto al mar, de que quedó no poco corrido el almirante cristiano. Sorprendió y tomó Dragut la galera patrona que venia de Sicilia; nave-

(1) Nada dice Robertson de esta famosa jornada y conquista de Africa, á la cual dedica Sandoval casi todo su libro XXX.

gó hácia la Morea, despachó una galeota á Constantinopla dando aviso al sultan de lo que habia pasado, y le pedia mas na ves ofreciéndole ganar con ellas á Malta.

Al saberse que Soliman habia adoptado el proyecto de Dragut de acometer la empresa de Malta, toda la Italia imperial se puso otra vez en movimiento. Nápoles, Sicilia, Génova, Cerdeña, Córcega, los vireyes, los almirantes y generales de mar y tierra, los maestros, comendadores y caballeros de la orden, todos se apresuraron á acudir á la defensa de aquel baluarte de la cristiandad en Oriente, y á aumentar los presidios de las vecinas islas y á fortificar las plazas de una y otra costa del Mediterráneo. Aparejó en efecto el Gran Señor su armada contra Malta, de que hizo almirante á Sinan, dándole por asociados y consejeros á Salac y á Dragut. Llegó la flota otomana á Marco Mujeto (18 de julio, 1551), donde saltaron á tierra mil y quinientos genízaros, que tuvieron alguna escaramuza con los arcabuceros del gran maestro. Temblóle á éste la barba, dice un historiador, cuando supo que Sinan iba resuelto á tomar á Malta, y eso que se hallaba fuerte y bien provista. Tanto, que cuando el almirante turco se acercó á reconocer el castillo, al encontrarle tan fuerte reconvino con aspereza á Dragut diciéndole que habia engañado á Soliman. «Señor, respondió el corsario con entereza: *quien no aventura, no ha ventura.*» Con esto, y para que no se dijese que

no aventuraba, mandó desembarcar cinco mil hombres que hicieron sus estancias en las puertas del arrabal del castillo; mas habiendo salido algunos comendadores con buen golpe de arcabuceros y hecho gran descalabro en los infieles, abandonó Sinan cobardemente la empresa de Malta, y pasó con su ejército y sus naves á la vecina isla de Gozzo, de la cual se apoderó con muerte del comendador Sese, que la defendió con heroísmo. Hicieron allí los turcos seis mil cautivos, hombres y mugeres, y Dragut incendió la poblacion y taló todos los árboles de la campiña.

De allí pasó Sinan á Trípoli con su armada, y desembarcando con mas de seis mil hombres y cuarenta gruesas piezas de artillería, las asestó contra el castillo del puerto. Por traicion de un francés que se descolgó de las almenas, supo que las torres mas flacas eran las de Santa Bárbara y Santiago, y mudando las baterías combatió aquellas torres hasta demolerlas. En esto llegó al campo de Trípoli el embajador francés que iba á Constantinopla y habia estado en Malta: conferenció con Sinan, habló tambien aparte con algunos comendadores de San Juan de los que defendian la plaza, les persuadió sin duda de que no pudiendo sostenerla debian rendirla, saliendo ellos libres y ofreciéndose á conducirlos á Malta en sus galeras, y merced á las intrigas del francés, como de público entonces se dijo, entregó el comendador Simon de Losa las llaves de la ciudad (14 de agosto,

1551), pasando de esta manera la ciudad de Trípoli á poder de turcos, al cabo de mas de cuarenta años que la poseian los cristianos. Con esto regresó la armada turca á Constantinopla, llevando Sinan al Gran Turco su amo por fruto de su expedicion la conquista de Trípoli, ya que no pudo llevarle la de Malta. Criminales debieron ser los comendadores de la órden que defendian á Trípoli, y á quienes habló el francés, cuando el gran maestre, instruido un proceso y oidas sus confesiones, con acuerdo del consejo mandó ahorcar los seglares y degradó á los eclesiásticos para ajusticiarlos tambien. Y el interés con que el rey de Francia intercedió por ellos para con el gran maestre, demostraba que no sin razon se habia achacado á manejos del monarca francés la rendicion de Trípoli al turco.

Entre las pérdidas que los infieles ocasionaron á Carlos V. y que acibararon mas los últimos tiempos de su reinado, fué una, y tal vez para él la mas sensible, la de Bugía en la costa de Africa y reino de Tremecen. Esta antigua é importante ciudad, una de las mas gloriosas conquistas del conde Pedro Navarro en tiempo de Fernando el Católico (1510); y que llevaba treinta y cinco años de pertenecer al dominio de España, fué acometida en 1555 por el gobernador moro en Argel con un ejército de mas de cuarenta mil hombres, por tierra y por mar, con veinte y dos bagales. Guarnecióla con quinientos españoles el capitan

don Alonso de Peralta, natural de Medina del Campo. De los tres castillos que protegían la ciudad, el uno le abandonaron los cristianos no esperando poder defenderle: el otro costó á los moros cinco dias de combate, á pesar de hallarse en él solamente cuarenta españoles; y el tercero, que era el mayor y el mas fuerte, fué batido por espacio de veinte y dos dias, hasta que á Peralta le faltó el ánimo mas pronto que los medios de defensa, y le entregó al moro, bajo el seguro que éste le dió de dejarle ir libre, á él y á todos los que con él estaban (27 de setiembre, 1555), y de trasportarlos á España en sus bageles. Entregada asi tan cobardemente la ciudad, y perdido por la flojedad ó la perfidia de un hombre en un dia lo que tantos años y con tanto trabajo se habia estado conservando, el moro no cumplió lo ofrecido sino en cuanto á Peralta y otros veinte de sus mas allegados, á quienes condujo á España, y á todos los demas los tomó por cautivos. En la indignación que causó á Carlos V. tan sensible pérdida, no perdonó al mal defensor de Bugía. Acusado Peralta por el fiscal imperial, y condenado á muerte por el consejo, fué decapitado en la plaza de Valladolid, despues de haberle hecho pasar por la afrenta de ser llevado públicamente por las calles con toda su armadura, y de irle despojando pieza por pieza á voz de pregon en cada plaza ó parage mas público, hasta llegar al patíbulo.

Tal era el estado de las posesiones españolas é

imperiales de una y otra costa del Mediterráneo, y tal el resultado de las guerras marítimas del emperador con el sultan y con los corsarios turcos y moros, cuando Carlos V. anunciaba, segun dejamos indicado en el anterior capítulo, su propósito de aliviar sus hombros de la pesada carga de tantos cuidados y de tan vastos dominios.